

correr de este modo los peligros de nuestra inconstancia, que asegurarnos de nosotros mismos quitándonos una libertad perniciosa. Y ved aquí, amados oyentes míos, las ilusiones del corazón del hombre. Pero yo discurro de otro modo, y digo que debemos mirar como una ventaja el aparecer convertidos, puesto que, según nosotros mismos confesamos, el parecerlo y haberlo parecido es una razón que nos obliga indispensablemente á serlo, y á serlo para siempre. Digo que debemos contar como una gracia el haber encontrado por este medio el modo de fijar nuestra ligereza, haciendo que hasta las leyes del mundo sirvan para que sea sólida é invariable nuestra conversión. Pero cuidado, que si reincidimos, por una maldita fragilidad, en nuestros primeros desórdenes, nuestra conversión, en vez de edificar, sería el objeto de un nuevo escándalo. Por eso la gracia de Jesucristo no nos permite pensar en semejante abuso, sino en tanto que este pensamiento nos pueda ser saludable para darnos fuerzas y animarnos. Debemos temer nuestras debilidades y prever el peligro, pero sin exagerar esta previsión ni este temor: el peligro nos debe hacer vigilantes, pero no debe volvernos pusilánimes; debe alejarnos de las ocasiones por una santa desconfianza de nosotros mismos, pero no debe quitarnos la confianza en Dios hasta el punto de impedirnos hacer para nuestra salvación méritos, sin los cuales la resolución que hemos tomado de trabajar por ella será siempre vacilante. Si nos declaramos, nos juzgarán, y hablarán de nosotros; pero ¿qué puede importarnos? mas bien será un obstáculo para detenernos en la inclinación natural que tendremos á desmentirnos, el considerar que hemos de sostener los juicios y la censura del mundo. Se nos acusará de simpleza, de vanidad, de hipocresía, de interés, pero nosotros procuraremos desvanecer todas esas sospechas; la de simpleza, con nuestra prudencia; la de orgullo, con nuestra humildad; la de hipocresía, con la sinceridad de nuestra penitencia; la de interés, con un desprendimiento absoluto de todas las cosas. Por lo demás, dice san Agustín, el mundo hablará según sus máximas, y nosotros viviremos según las nuestras; si el mundo es justo, si es cristiano, aprobará nuestra mudanza, y se aprovechará de ella; si no lo es, debemos tenerle horror y despreciarle.

22. De todos modos, el ser y parecer convertidos, el ser y parecer fiel, el ser y parecer lo que debemos ser, ved aquí, amados oyentes míos, la gran moral que nos predica Jesucristo resucitado. Dichoso yo, si os dejo, al concluir este discurso, no solo instrui-

dos, sino persuadidos y convencidos de estas dos importantes obligaciones. Después de esto, por indigno que sea de mi ministerio, tal vez podré decir, como dijo san Pablo cuando dejó á los cristianos de Éfeso y se separó de ellos, que soy puro delante de Dios é inocente de la perdición de las almas, si entre las que me han escuchado hubiese algunas condenadas á perecer: *Quapropter contestor vos, quia mundus sum à sanguine omnium.* (Act. xx). ¿Y por qué? porque bien sabéis, ó Dios mío, que no les he ocultado vuestras verdades, sino que, por el contrario, he tenido cuidado de inculcárselas con la libertad completa, aunque respetuosa, que debe emplear un ministro de vuestra palabra. Cuando vos enviábais en otro tiempo á vuestros Profetas á predicar en las cortes de los reyes, queríais que apareciesen como columnas de hierro y como muros de granito, esto es, como ministros desinteresados, generosos é intrépidos: *Ego quippe dedi te hodie in columnam ferream, et in murum aeneum, regibus Juda.* (Jerem. 1). Pero yo me atrevo á decir, Señor, que no necesito ese carácter de intrepidez para anunciar aquí vuestro Evangelio, porque tengo la ventaja de dirigirme á un rey cristiano, á un rey que honra su religión, que la honra con el corazón, y que exteriormente hace profesión manifiesta de honrarla; en una palabra, á un rey que ama la verdad. Vos prohibíais á Jeremías que temblase en presencia de los reyes de Judá, *Ne formides à facie eorum* (Id.); y yo tengo mas bien que consolarme de que la presencia del mas poderoso de los reyes, lejos de inspirarme temor, haya aumentado mi confianza; lejos de debilitar mi ministerio, le haya fortificado y autorizado. Porque la verdad que he predicado en la corte, no ha encontrado jamás en el corazón de este monarca sino una sumisión edificante y una poderosa protección.

23. Ved aquí, señor, lo que me ha sostenido; pero ved también lo que ensalza á V. M., y lo que debe ser para vos un mérito que nada destruirá jamás: el amor y el celo que V. M. tiene á la verdad. La Escritura nos enseña que lo que salva á los reyes, no es la fuerza, ni el poder, ni el número de sus conquistas, ni la dirección de los negocios, ni el arte de mandar ni de reinar, ni tantas otras virtudes reales que constituyen á los héroes y que canonizan los hombres: *Non salvatur rex per multam virtutem.* (Psalm. xxxi). Pero la sabiduría y grandeza de V. M. no le han permitido permanecer así, sino que le han movido á proponerse algo mas sólido. Lo que salva á los reyes es la verdad; y V. M. la busca, y se complace en escucharla, y estima á los que se la hacen conocer,

y no tendria mas que desprecio para aquel que se la disfrazase, porque léjos de resistirla, se gloria de ser vencido por ella; y en efecto, nada hay mas glorioso, dice san Agustin, que el dejarse vencer por la verdad. Hé aquí, señor, lo que yo llamo la grandeza de vuestra alma, y lo que ha de conduciros á vuestra salvacion. Estimamos á esos príncipes dichosos, añadia el mismo san Agustin, que pudiéndolo todo no quieren mas que lo que deben; que elevados por su dignidad sobre todos, se hacen por su bondad acreedores á todos; que no se consideran mas que como los ministros de Dios en la tierra; que, en los honores que se les hacen, no olvidan que son hombres; que cifran su grandeza en hacer bien, y su poder en corregir el vicio; que son dueños de sus pasiones lo mismo que de sus obras; que cuando les es fácil vengarse, se inclinan siempre á perdonar; que fundan en su religion su política, y que, despojándose de su majestad, ofrecen todos los dias á Dios en sus oraciones el sacrificio de su humildad. Retrato admirable de un rey verdaderamente cristiano, y que no temo exponer á los ojos de V. M., puesto que no le representa sino sus propios sentimientos y lo que debe ser el objeto de su consuelo. Vos sois, ó Dios mio, el que dais á vuestro pueblo hombres de este carácter para gobernarle, Vos que teneis en vuestras manos los corazones de los reyes, Vos que presidís á su salvacion, y que os gloriais en la Escritura de ser su especial autor: *Qui das salutem regibus*. (Psalm. cxliii). Mostrad, Señor, mostrad que sois efectivamente el Dios de la salvacion de los reyes, y derramad sobre nuestra invencible monarquía la abundancia de vuestras bendiciones y de vuestras gracias, pero particularmente la gracia de las gracias, que es la de nuestra salvacion eterna. Cuando nosotros os rogamus por la conservacion de su sagrada persona, por la prosperidad de sus armas, por la gloria y el buen éxito de sus empresas, aunque estas oraciones sean justas y de un deber indispensable, no dejan de ser en cierto modo interesadas; porque nuestras fortunas, nuestras vidas están unidas á la persona de ese gran rey, y siendo nuestra gloria la suya, y sus prosperidades las nuestras, no podemos interesarnos por él sin hacer otro tanto para nosotros. Pero cuando os suplicamos que derrameis sobre nuestro monarca esas gracias particulares que constituyen la salvacion de los reyes, es por él solo por quien os rogamus, puesto que no hay nada para él ni para todos los reyes del mundo mas esencial ni mas personal que la salvacion. Tales son, señor, los sentimientos que Dios inspira al último de vues-

tros vasallos hácia vuestra augusta persona; tales son los votos que yo hago todos los dias, y los votos mas sinceros y ardientes. Dios los escuchará, y despues de haberos hecho reinar con tanto esplendor en la tierra, os hará reinar con mas dicha y mas gloria todavía en el cielo, que á todos os deseo, etc.

ASUNTOS

SOBRE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Tres especies de vida manifestó vivir Jesucristo mientras habitó con nosotros: vida natural, formada de la union del alma con el cuerpo; vida civil y moral, basada en la estimacion y en la gloria humana; vida sobrenatural, que gozaba en el corazon de sus Apóstoles y discípulos. Estas tres especies de vida perdiólas en la cruz por otras tres especies de muerte: perdió la vida natural, por el rigor de los suplicios; la vida civil, por las ignominias y oprobios de que fue colmado, la vida sobrenatural, por el pecado en que incurrieron sus Apóstoles, dudando de su divinidad. — Hoy repara con tres especies de resurreccion las pérdidas que le ocasionara la muerte al tiempo de espirar sobre la cruz: 1.º resucita en sí mismo, recobrando la vida espiritual: 2.º resucita en la estimacion de los hombres, y repara su gloria, acrecentándola; 3.º resucita en el corazon de los Apóstoles y de los Santos, devolviéndoles con creces las gracias que habian perdido.

II. El cristiano no ha de poner hoy límites á sus afectos al concentrar todas sus adoraciones en Jesucristo que, vencedor de la muerte, resucita á una nueva vida; sino que, como enseña el Apóstol, debe imitarle con una vida nueva, y resucitar á la gracia de la misma manera que el Salvador resucita á una vida gloriosa, incorruptible, inmutable é inmortal. Tal ha de ser la vida del cristiano que resucita en Jesucristo, 1.º gloriosa, por el total desapego de los bienes terrenos; 2.º incorruptible é inmutable, esto es, sostenida por un firme propósito de no morir mas á la gracia.

III. La resurreccion de Jesucristo confirmó aun mas que sus milagros la certeza de su divinidad, y al propio tiempo fue el medio por el cual el Salvador reconquistó todos aquellos bienes que, con los tormentos que padeciera, habia perdido su humanidad. Recobró su alma aquel júbilo inefable que con la tristeza habia per-